

LA SOLEDAD DE LA HISTORIA MILITAR

RESUMEN:

Expone un breve relato de las vicisitudes de la disciplina a lo largo de los siglos, su desarrollo académico y la problemática relación con otras disciplinas científicas y con la política. Identifica el objeto y función académica y social de la historia militar. Este trabajo puede entenderse como complementario del trabajo “Una visión contemporánea del estudio de la Historiografía Militar” de la profesora Ana María Musicó Aschiero, aparecido en la ReDiU Año 13 Número 37 - Marzo de 2015.

PALABRAS CLAVE:

Historia, visión integradora, examen crítico, método científico, fenómeno social, enfoque sociológico, marco espacial y temporal, interacción, guerra, política, cooperación científica.

***Confiese que a usted lo que le alarma es mi profesión
Motivo por el que pocos me invitan a cenar,
aunque Dios sabe que me esfuerzo por no atemorizarlos,
La soledad del Historiador Militar - Margaret Atwood***

La Historia Militar tiene el curioso don de ser la primera historia de la humanidad y la maldición de vivir en constante exilio y rechazo. Solitaria como dice Atwood y huérfana como la llama Víctor Davis Hanson, su atormentado desarrollo y evolución en el mundo académico están marcados por lacerantes estigmas.

La Historia Militar es tan antigua como la guerra misma aunque no tengamos registro escrito alguno debido a que la grafía es un desarrollo muy posterior al momento en que nuestros antepasados comenzaron a resolver sus problemas de supervivencia grupal a través de la violencia. Esta circunstancia no nos impide rastrear sus orígenes pues encontramos indicios que denuncian su existencia en las mitologías antiguas, canciones guerreras, zagas heroicas y fragmentos de historias orales recogidas con posterioridad a partir de la escritura.

Los relatos del “Poema de Gilgamesh”, la “Ilíada” de Homero y algunos pasajes del “Antiguo Testamento” que recogen historias muy anteriores a su composición y transcripción documental rescatan para nosotros los rastros muy antiguos de la existencia del registro de las actividades bélicas de nuestros antepasados.

Entre los registros que nos ofrecen las culturas pre letradas sobresale el Combate entre Arqueros de la Cueva de Roure de hace unos quince mil años atrás. Esa pintura rupestre muestra dos pequeños ejércitos compuestos de tres y cuatro guerreros. Lo interesante es que la imagen parece mostrar la primera operación militar conocida pues, como algunos autores sostienen, parece que el ejército de cuatro realiza un doble envolvimiento sobre el ejército de tres. Sin importar la certeza o no de esta apreciación, sí es indudable reconocer que recordar y transmitir un hecho de combate ya era en tan antiguos tiempos una necesidad de los seres humanos y eso es hacer historia militar.

Esa necesidad se acentuó con la aparición de las primeras formas de escritura. En Egipto alrededor del 3.000 a.C. encontramos los relatos de guerra de los primeros faraones El Rey Escorpión y Narmer, y en Sumeria cuatrocientos años después el citado poema de Gilgamesh. Relatos épicos, plagados de invocaciones mitológicas y hazañas sobrehumanas, no dejan de ser historia militar en tanto muestran la preocupación y la

gravitación de la guerra en la sociedad. En igual modo y efecto podemos citar relatos encontrados en los jeroglíficos Mayas del 2.500 a.C.

Si todo esto no alcanzase para afirmar el carácter primordial de la historia militar, el desarrollo de la civilización nos aporta los valiosos trabajos de Sun Tzu, Eneas, el Táctico, Jenofonte y Tucídides entre los siglos V y IV a.C. Ciertamente que se trata de trabajos de ciencia militar y política, pero todos ellos se apoyan en y ejemplifican con la historia militar esos conocimientos.

La preocupación por relatar los hechos bélicos muestra la intensa presencia de la guerra como mecanismo central de resolución de conflictos de supervivencia en la antigüedad. Esa supervivencia se expone en dos sentidos. Uno lato, la necesidad de conservar y obtener los recursos necesarios para la vida y continuidad del grupo social. El otro aparece como elemento cultural de estructuración social en cuanto a solidaridad, reconocimiento propio, prestigio y cohesión, necesarios para apoyar la supervivencia de la comunidad. Esto afirma a la historia militar como uno de los saberes fundacionales de la civilización. Sin embargo corresponde también decir que en ningún sentido es el único, como ocasionalmente se pretende.

Esta primordialidad y funcionalidad de la historia militar le permitieron desarrollarse con intensidad produciendo una expansión amplísima que aún hoy se percibe, lo que puede considerarse como una bendición del destino. Pero los hados llevan también fatalidades. Ese carácter de elemento cultural y formador de la sociedad trajo también como consecuencia un aprovechamiento espurio de la historia militar. Así con el paso del tiempo las necesidades de los gobiernos se impusieron a la ya compleja objetividad científica de los historiadores. Del mismo modo en que los faraones egipcios –y en general los regentes de los antiguos imperios- escribían y reescribían las historias de sus hazañas bélicas para ensalzarse y prestigiarse, gobiernos posteriores de toda laya hicieron y hacen lo mismo hasta nuestros tiempos.

El resultado de todo esto es la presencia de obras plagadas de falsedades que hacen de la historia militar una disciplina sospechosa para profanos y expertos. Esta influencia política provocó –y provoca- daños a la historia militar pero afortunadamente el tiempo y el trabajo de investigadores serios permiten repararlos, aunque no sin grandes esfuerzos. Como muestra baste recorrer la historia de la Guerra Franco-Prusiana producida por el Estado Mayor Alemán bajo la premisa de que los generales alemanes nunca se equivocan; el resultado, una obra que no sirve ni siquiera como una “mala novela de guerra”.

Así, con el transcurso de los siglos, la historia militar pasó de ser el relato nativo esencial de una comunidad a una narración sospechada de mendacidad e intencionalidad. Si esto no alcanzase para “exiliar” a la historia militar, la preocupación por la paz surgida a partir del siglo XVII, que determinará la construcción de “belicismos”, “pacifismos” y otros “ismos”, terminará por considerarla como un elemento promotor de la guerra. El poema de Margaret Atwood, que citamos al comienzo, refleja este ostracismo que sufre la disciplina y sus constructores, los historiadores militares. Respecto de ellos, señala Victor Davis Hanson, *“Los ‘temibles’ historiadores de la guerra, sospechan sus detractores del mundo universitario, obtienen un placer malévolamente leyendo sobre matanzas y sufrimiento, del mismo modo que el oncólogo siente una extraña atracción por tumores cancerosos o el vulcanólogo disfruta perversamente con los efectos destructivos del magma”*.¹

Especialmente por tratarse de ataques mayormente venidos de fuera de los enfoques científicos de los claustros académicos, sus consecuencias han sido relativamente manejables, en especial porque la historia militar cuenta con un siempre

¹ (Hanson, 2011)

creciente y fidelísimo público aficionado. Pese a ello, las embestidas científicas resultaron más fuertes, aún hacen sentir su impacto y sobreviven hasta hoy con persistente tenacidad. Pero antes la historia militar tuvo un nuevo despertar.

Hacia fines del siglo XIX comenzó a generalizarse “...la aplicación del método científico al estudio de una gran masa humana. La aparición de la nueva ciencia de la sociología no fue sino una de sus consecuencias”². Este movimiento académico hizo que Hans Delbrück aplicara a la historia militar el método de análisis bíblico conocido como la “*Sachkritik*”, estableciendo el análisis de los hechos bélicos a partir de su integración a los contextos en los que suceden, la posibilidad fáctica de los sucesos, la desacralización de autores y textos clásicos. El resultado fue su obra “*Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*” (primer volumen, *Das Altertum*, 1900; segundo, *Römer und Germanen*, 1902; tercero, *Das Mittelalter*, 1907), por la que Delbrück puede ser considerado el fundador de la historia militar moderna. Hasta allí las obras de historia militar mayormente tendían –sólo tendían- a concentrarse en las cuestiones más específicamente militares y tratar muy poco los espacios políticos, económicos, sociales o culturales en los que los hechos bélicos sucedían. El método aplicado por Delbrück permitió incluir esos espacios y refinar también las condiciones militares. Comenzó por señalar que los números grandiosos de las batallas antiguas³ resultaban imposibles por cuestiones logísticas, y sólo explicables como distorsiones incluidas por la política, pues vencer a un enemigo gigantesco con pocas tropas hace más grande la victoria.

Esta apertura científica de la historia militar abrió un mundo nuevo para la disciplina. En 1909 el *All Souls College* de Oxford fundó la primera cátedra de Historia Militar, cuya silla académica fue ocupada por brillantes especialistas como Spenser Wilkinson, Sir Ernest Swinton, Cyril Falls, Sir Michael Howard, y Hew Strachan. La Historia Militar comenzó a recuperar los espacios perdidos afectando a hombres tan diferentes como Jean Jaurés, John Fortescue y M.V. Frunze⁴. El primero señaló que la teoría militar sólo podía resultar exitosa cuando “...las instituciones militares adecuadamente reflejaran la composición y aspiraciones de la nación entera”. Fortescue es conocido por su frase “...la historia militar es la historia de la política exterior de las comunidades y naciones...” y Frunze observó que “...las acciones de las personas bajo las armas no pueden ser comprendidas sin considerar el contexto social entero dentro del cual esas acciones suceden”.

Más allá de los cambiantes temperamentos de las sociedades frente a la guerra que llevan a abrazarla como a principios de la Primera Guerra Mundial y a rechazarla luego de ella, la Historia militar continuó progresando como disciplina académica. Concluida la Segunda Guerra Mundial surgió una controversia, nunca probada pero que como dice Michael Howard “...No tengo ninguna evidencia firme para ello, pero sospecho que el cambio se hizo para que quede claro que se espera que el título cubra asuntos navales y aéreos así como de fuerzas terrestres...”⁵. El tema en cuestión era cambiar “Historia Militar” por “Historia de la Guerra”. Aunque el reclamo pueda ser calificado de un partisanismo casi infantil sus consecuencias resultaron muy beneficiosas por una parte y abrieron las puertas del infierno por la otra.

El provecho mayor resultó en que el movimiento académico que provocó el cambio de nombre permitió establecer lazos reales no ya entre disciplinas diferentes sino entre los especialistas. Los historiadores militares se relacionaban ahora directamente con otros historiadores y profesores, lo que convirtió los esfuerzos individuales de Delbrück en relaciones interpersonales activas y más provechosas. Esta apertura académica “*abatió*

² (Lukacs, 2011)

³ Recuérdense los ejércitos persas de millones de hombres vencidos por minúsculos ejércitos griegos.

⁴ (Center of Military History- United States Army, 1982)

⁵ (Howard, 2006)

*las barreras entre la historia y los trabajos en ciencias sociales sobre guerra y violencia*⁶. Así comenzó una interacción que afectó a la antropología, la arqueología y los estudios etnológicos referidos a la guerra, en particular profundizó el análisis sobre la imagen naif del “buen salvaje” y disminuyó los caminos evasivos que estas disciplinas tomaban para interpretar evidencias de violencia bélica. Enfoques sociológicos como el neo-darwinismo, la sociobiología y el neo-roussonianismo comenzaron también a interpretar la sociedad y la guerra. Los estudios en relaciones internacionales, política, economía, administración y otras especialidades también comenzaron a interactuar con la historia militar fortaleciendo las investigaciones de unos y otros saberes.

El punto más alto de esta interacción lo marcó John Keegan con su libro *“El Rostro de la Batalla”*. Esta obra logró mostrar la batalla más allá de la forma ordenada en la que la muestran los trabajos clásicos con sus supuestas “fases” y prolijas aplicaciones procedimentales, criticando y sometiendo a juicio la validez de esos procedimientos y su eficacia, así como la mecánica misma de la batalla. Keegan incluyó, a través de relatos de protagonistas y espectadores contemporáneos a los hechos, la visión no sólo de los comandantes sino también de los oficiales de todo rango, suboficiales y soldados, exponiendo una batalla más vivaz y más real. Su análisis es profundo pues se interesa en la comprensión circunstanciada en tiempo y espacio de sus protagonistas en las dimensiones humanas y políticas. Se abrió así una línea de historia militar conocida como “Guerra y Sociedad” que permiten identificar claramente las obras de interacción académica. Esta línea también reconoce una expansión a través de la llamada “Guerra y Cultura”.

La apertura académica indudablemente completó la integralidad del análisis histórico militar que hasta ese momento manifestaba la interacción disciplinar de manera errática. Sin embargo también tuvo su efecto negativo.

Como lo cuenta Michael Howard⁷ la apertura también dio lugar al crecimiento de *“...un polígono industrial poblado y lucrativo... alrededor del casco antiguo de la historia militar, ocupado por historiadores de factores sociales y económicos, que... no sienten necesidad de visitar ese centro de la ciudad, y son apenas conscientes de que existe. Su resistencia no es del todo sorprendente. Por lo menos durante una generación, fue habitado principalmente por una población de mala calidad compuesta por escritores populares e impresionistas de la escuela de “Leones dirigidos por burros”, ganando un dinero rápido antes de ir a alguna región más lucrativa. Ellos “encontraron” que no era necesario pasar por el tedioso negocio de trabajar desde documentos contemporáneos, analizando los problemas técnicos que oficiales de Estado Mayor y comandantes en el campo debieron resolver, como tampoco evaluar de manera científica y académica las causas de su éxito o fracaso”*. Esto llevó a la aparición de obras que nada tenían de historia militar más allá de incluir en su título alguna palabra de referencia bélica. Así podía publicarse un libro bajo el título *“Los Soldados Negros del General Patton – El impacto afroamericano en la guerra”*, que podía tener valor como estudio social o etnológico, pero que al no tratar temas como instrucción, integración en las unidades, eficacia de combate y comparación en combate de unidades de una sola etnia o mixtas, sin lo cual no califica como obra de historia militar, es como mucho un informe auxiliar de la historia militar.

Esta nueva invasión afortunadamente tuvo una respuesta efectiva de los historiadores militares “serios”⁸ quienes con prolijos y esforzados trabajos de investigación recuperaron la historia militar y al mismo tiempo llevaron a una clarificación de sus contenidos y enfoques. En este sentido Víctor Davis Hanson sintetizó: *“...la historia militar*

⁶ (Black, 2004)

⁷ (Howard, La Historia Militar y la Historia de la Guerra, 2006)

⁸ Michael Howard, Hew Strachman, Paddy Griffith, John Lynn, Jeremy Black entre otros.

—entendida ampliamente—...[es]...la investigación de por qué un bando gana la guerra y otro la pierde, la reflexión sobre los generales autoritarios e insensatos, los avances o el estancamiento de la tecnología y el papel de la disciplina, la valentía, la voluntad nacional y la cultura a la hora de determinar el resultado y las consecuencias de un conflicto...[es]...una disciplina ... [que]...busca respuestas a preguntas del tipo: ¿Por qué estallan las guerras?¿Cómo terminan?¿Por qué vencen los vencedores y pierden los perdedores?¿Cómo pueden evitarse las guerras o limitarse sus más terribles consecuencias?¿Tienen las guerras alguna utilidad?¿Consiguen algo que no se pueda obtener por vía diplomática?⁹. En suma el centro de la historia militar es el combate ya sea actual, pasado, en expectativa de suceder o de impedir, pero siempre el combate¹⁰.

Esta vida solitaria y huérfana de la historia militar ha dejado su marca en el mundo académico. Desde hace unos veinte años se aprecia una retracción en los cargos de profesores de historia militar alcanzando un nivel de menos de 2%¹¹. Los cargos vacantes son cubiertos por especialistas en relaciones internacionales, estrategia, seguridad nacional, sociología, ciencia política, lo que desplaza el objeto de la historia militar por el de las otras especialidades. La causa de esta retracción puede hallarse en parte en la “invasión” que mencionamos más arriba pero también a una cuestión más profunda.

EL mundo moderno ha cambiado y sigue haciéndolo a gran velocidad desde hace 100 años. Una clara exposición de esta circunstancia la manifiesta Eric Hobsbawm al señalar que “...el proceso de cambio...se ha acelerado a un ritmo vertiginoso. Y ya no sabemos hacia dónde vamos”¹². Considera que ello expone una ruptura en la historia universal destacando como “líneas maestras” de la mudanza a “...Las transformaciones tecnológicas y en los procesos de producción...una revolución en el terreno de las comunicaciones que ha acabado con las cuestiones de índole temporal y espacial...el funesto declive y caída del campesinado...una sociedad predominantemente urbana...las megalópolis con sus millones de habitantes; la sustitución de un mundo basado en la comunicación verbal por un mundo donde la lectura es un hecho universal y en el que hombres y máquinas practican la escritura; y, por último, los cambios en la situación de las mujeres”. Este breve boceto del mundo actual es suficiente para comprender que la guerra no es ajena a estos cambios. La inestabilidad que producen estas transformaciones nos mantiene en un alto estado de estrés para enfrentar los problemas, sobre todo los graves y urgentes como la guerra. Ese estrés y nerviosismo que provoca situaciones como la lucha de “Halcones y Palomas”, la “Teoría del Rubicón” o la del “Pensamiento en Grupo”, lleva a decisiones equivocadas que están a la vista, en particular en las acciones bélicas. Los historiadores militares saben que los cambios existen y que la guerra los padece, pero también comprenden que la mutación no ha alcanzado a la naturaleza del fenómeno y sus características esenciales. Explicarle a gobiernos estresados y urgidos, las condiciones de permanencia en el cambio de la guerra se ha convertido en una tarea imposible. Cuando Edward Luttwak¹³ -más como historiador militar que asesor de seguridad nacional- en 2013 trató de explicarle al gobierno de Barack Obama que intervenir en Siria era un asunto delicado y que requería de ciertos lineamientos como *quiénes son tus amigos, no entregue cualquier cosa que usted no quiera recibir en su contra, o establezca algunas reglas básicas para saber cuándo terminar el juego*, no fue escuchado porque no era eso lo que el aparato industrial-militar quería oír; las consecuencias de esa sordera persisten y no han terminado. Esto es así porque “...al ignorar la historia militar, caen en el error de

⁹ (Hanson, 2011)

¹⁰ Enfoque que señala también Michael Howard (Howard, *The Invention of Peace and the Reinvention of War*, 2002)

¹¹ (Hanson, 2011)

¹² (Hobsbawm, *Guerra y Paz en el siglo XXI*, 2008)

¹³ (Luttwak, 2013)

*interpretar la guerra como un fracaso de la comunicación, de la diplomacia, como si los agresores no supieran exactamente lo que están haciendo*¹⁴. Cosa terrible para las víctimas de las guerras pero muy conveniente para los políticos que las inician.

Es éste el problema presente de la historia militar. Dada su triste historia, la experiencia la está llevando a abandonar la genuflexión hacia la política y a decir verdades serias pero que nadie quiere escuchar; de allí a que se la restrinja en el mundo académico, hay sólo un suspiro.

La curiosa vida de esta huérfana la ha llevado desde una niñez iluminada, a una adolescencia atormentada, una madurez bajo hostigamiento permanente y una vejez solitaria pero de firmes convicciones. El resultado es un ostracismo cubierto de halagos, algo así como: *“cuéntanos una historia de guerreros, pero no pienses que te tomaremos en serio y aceptaremos lo que no nos gusta, así que termina y vuelve a tu cuarto”*.

Bibliografía

- Black, J. (2004). Rethinking Military History. New York: Routledge.
- Bouthoul, G. (1971). La Guerra. Barcelona: Oikos-Tau.
- Center of Military History- United States Army. (1982). A Guide to the Study and Use of Military History. United States: U.S. Government Printing Office.
- Dawson, D. (1996). The Origins of Western Warfare. Boulder: Westview Press.
- Hanson, V. D. (2011). Guerra. El origen de todo. Madrid: Turner Publicaciones.
- Hobsbawm, E. (2008). Guerra y Paz en el siglo XXI. Barcelona: Crítica.
- Howard, M. (1994). Two historians in Technology and War. Carlisle Barracks: U.S. Army War College.
- Howard, M. (2002). The Invention of Peace and the Reinvention of War. London: Profile Books.
- Howard, M. (2006). La Historia Militar y la Historia de la Guerra. En W. Murray, The past as prologue: The importance of history to the military profession. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lukacs, J. (2011). El futuro de la Historia. Madrid: Turner Publicaciones.
- Luttwak, E. (17 de Junio de 2013). <http://foreignpolicy.com/2013/06/17/5-rules-for-arming-rebels/>. Obtenido de <http://foreignpolicy.com/2013/06/17/5-rules-for-arming-rebels/>: <http://foreignpolicy.com/2013/06/17/5-rules-for-arming-rebels/>
- Lynn, J. (2008). Battle. A history of combat and culture. New York: Basic Books.
- Raaflaub, K. A. (2007). War and Peace in the Ancient World. Australia: Blackwell Publishing.
- van Creveld, M. (2000). War and Military Thought. Londres: Casell.
- Williamson Murray (Editor). (2006). The past as prologue. The importance of history to the military profession. Cambridge: Cambridge University Press .

¹⁴ (Hanson, 2011)